


Mariano Picón-Salás

Americanismo y autoctonismo

NTRE los propósitos más claros de la gran generación americana de la Independencia, estuvo el de que estos pueblos al «romper las cadenas de España» se incorporaran y beneficiaran activamente del progreso occidental moderno. Por ello un precursor de la talla de Francisco de Miranda, simultáneamente que a sus paisanos quiso convencer a los políticos y economistas británicos y llevó su conspiración criolla hasta los cenáculos de los revolucionarios franceses. Metafóricamente, podemos decir que la emancipación era necesaria para comerciar de modo directo con Inglaterra, que vendía entonces las más baratas telas de algodón y para leer, sin miedo de los inquisidores, los libros de Francia. Esta voluntad progresista se imprime entonces como consigna histórica y como manera de llegar al verdadero nacionalismo americano en los criollos que sabían más y realizaban mejor: Bolívar, San Martín, Rivadavia, Mariano Moreno. No por simple coincidencia aquellos libertadores, antes de libertar, se habían paseado al

través del movido mundo de la «Enciclopedia», la Revolución Francesa y las guerras napoleónicas. En gran parte, los defectos y males de la casa propia se les descubrieron bien desde afuera. Por ello un pensamiento como el de Bolívar es radicalmente distinto de los que antes de él o simultáneamente, pensaron que la Independencia significaba la degollina de españoles y una como retirada obscura en el desierto americano con nuestras supersticiones, contrastes sociales y atrasada plebe levantisca. Las luchas de Bolívar con los que él llamó gráficamente los caudillos de las «patriecitas» —un Mariño, un Páez, un Arismendi—tuvieron precisamente ese sentido y representan la responsabilidad civilizadora frente al autoctonismo exclusivista y bárbaro. Bolívar encarna así una gran conciencia moderna contra el pasado colonial. De aquí proviene lo que un gramático llamaría los «galicismos» de Bolívar; su escritura breve y fulgurante, aquella manera efusivamente directa de penetrar el fondo, las fórmulas precisas y nerviosas con que quiere ceñir—sin circunloquios—la compleja cuestión americana. Frente al lento y embarazado discurrir de la prosa colonial española de su época, detenida en un barroquismo formal, carente de contenido histórico y de visión directa de la realidad, el lenguaje de Bolívar—y se le oye hablar todavía con la palpitación de la vida en la más humilde carta familiar y el más descuidado diálogo del «Diario de Bucaramanga»—es el del hombre que descubre. Europa como a sus otros grandes contemporáneos le había

enseñado a ver; fué amigo de sabios como Humboldt y Bonpland; penetró en la tendencia naturalista y empirista del siglo a través de las enseñanzas de don Simón Rodríguez, leyó a Locke, a Montesquieu y a Rousseau en las fuentes originales. Volvió, pues, de Europa con las pupilas engrandecidas. Entre las dos maneras de sentir y entender lo americano que ya se perfilaban en su época: el autoctonismo hermético a lo Doctor Francia, amurallado en su Paraguay nativo y ferozmente xenófobo y el americanismo que arraiga y utiliza para creaciones nuevas la experiencia europea, Bolívar representa la idea occidentalista. Contra el colonialismo español aspira no sólo a la reforma social y moral que anima todos sus documentos públicos, sino también al progreso que deberían traernos los ingenieros. Un día piensa en la necesidad de un Canal de Panamá, más grande y más útil que el de Corinto que proyectó César, y siguiendo la reminiscencia clásica supone que junto a ese Canal de Panamá podrán encontrarse como en una nueva «Liga de Delos» los pueblos de nuestro continente. Con emoción geográfica y enteramente moderna, ha hallado en el mapa sudamericano un curioso punto. Es precisamente esa ciudad de Angostura donde el año 1819 ha reunido a los legisladores de Colombia. Puerta y puerto del Orinoco, gran boca que expele hacia el mar todo el vasto mundo misterioso de la selva americana, supone que por aquel gran camino fluvial que no es a su vez sino una avenida del inmenso camino amazónico habrá de conquistarse para la huma-

nidad el enigmático centro de nuestro continente. Angostura en el norte y Buenos Aires en el sur, unidas al «hinterland» americano por un prodigioso varillaje de ríos, se le aparecían a Bolívar como las Constantinoplas o las Babilonias de una nueva civilización. Siente, pues, la historia en activa profecía, en intercambio y comunicación de razas y pueblos y es por ello un gran ciudadano del llamado «Siglo de las luces».

La acción bolivariana y de los que coincidieron con él se diferencia así profundamente de otros movimientos aislados que precedieron al de 1810, como el de las masas indígenas de Tupac-Amaru en la sierra peruana a fines del siglo XVIII. El caudillo indígena sólo tuvo el instinto de vengar su humillada raza; soñaba una quimérica resurrección del incanato y rescatar el continente para los ya secularmente vencidos «hombres de bronce». Era este un movimiento proyectado hacia el pasado, antítesis y negación de la conquista española, ferozmente xenófobo y exclusivista desde el punto de vista racial. «América solamente para los indios» parecía decir el mestizo cuzqueño, así como en las guerras venezolanas de la Federación llegó a pedirse la «patria de los negros» que debería ser distinta de la que hicieron «los blancos». La imposibilidad de semejantes consignas se ejemplarizó en el fracaso y martirio de Tupac-Amaru. La inmensa superioridad de los jefes de 1810 es que aceptando y comprendiendo el fenómeno del mestizaje americano, no intentan una imposible política basada en la «sangre»

sino en la cultura. Así también lo advirtió el gran indio Benito Juárez en el México de los años 50. El problema no consistía en retroceder a los dorados imperios de los Incas o los Aztecas, sino en superar la conquista española. España era entonces un obstáculo, no porque había destruido lo indígena—esto era un tema de elegía no de política—, sino porque cerraba los caminos de la vida moderna. Al futuro y no al pasado era necesario marchar. Y al decidirse por la «cultura» y no por la «sangre» se imponían técnicas y formas occidentales. Teníamos que adoptar lo europeo, porque entre nosotros y el «Popol-Vu» de los mayas y los jeroglíficos aztecas y los policromos vasos peruanos, se había ya interpuesto la fatalidad de otro lenguaje y de otro clima histórico. Lo indio ya no era historia sino prehistoria.

Contra la solución bolivariana ha vuelto a suscitarse en nuestros días el problema de un romántico indeginismo. Profetas turbados buscan el mejoramiento de las masas americanas no llevándoles—como es lo claro y lo justo— las formas de democracia, de organización social y de distribución económica que debimos aprender del Occidente culto, sino queriendo invocar los callados númenes de una América indígena que fatalmente enmudeció hace ya cuatro siglos. Por uno como conjuro mágico se quiere extraer de las claves rotas de un mundo desaparecido fórmulas viables en la existencia social de hoy. Y dijérase que los doctores que lo propician intentan olvidar los aviones y los transatlánticos y

los libros europeos para sumirse en el subconsciente histórico y extraer de allí uno como nuevo mensaje sibilino. La vanidad de ciertos teóricos nos invita a prescindir de lo que aprendimos de Europa para entregarnos como mesméricamente, a su humosa enseñanza. Por culpa de este romanticismo—tan vago como todos los romanticismos—el destino del continente que en la simple y clara fórmula de la Independencia significaba «proximidad y aprovechamiento de la civilización moderna» ahora se nos esconde entre turbias galimatías. Nuestro ya enorme problema cultural y social se recarga de obscuras reivindicaciones étnicas olvidando que los incas mismos—adelantándose a los españoles—ya habían creado con la costumbre de transportar tribus de una a otra comarca de su diverso Imperio y juntando lenguas y razas enemigas, uno como pre-meztizaje americano. Así la cultura incaica prevaleció sobre otros pueblos indios avasallados, como a su vez ella debería desbaratarse por lo español. Y el inca Garcilaso tuvo que llorar y evocar ya, en lengua de Castilla, los mitos y las imágenes de un poético mundo desaparecido.

Los neo-románticos que nos hablan de la cultura americana como antítesis de lo occidental y buscan en piedras y razas que se quedaron mudas las nuevas consignas sociales, obran como aquellos estetas ingleses que en pleno auge de la época industrial hubieran querido resucitar las formas medioevales del artesanado europeo. El obrero de la época más sombría del industria-

lismo inglés no iba a salvarse y a recuperar su deprimida condición humana restaurando bajo otro clima histórico el trabajo de los pequeños talleres doméstico y la organización gremial de la Edad Media, aunque ello pareciera lo más hermoso a los estetas. Asimismo no son las formas de un indianismo muerto las que han de regenerar las masas americanas. En el dominio de lo práctico, son para ello más eficaces los instrumentos y técnicas occidentales. No es tampoco la divergencia y el combate racial sino su fusión y síntesis, la posibilidad de acrecentamiento, justicia y espacio que se llama América, lo que verdaderamente tiene sentido.

Aquel programado alarde de emancipación cultural es, pues, por el momento, quimera o majadería. Nuestro pensamiento y acción tiene que medirse con métodos y valores occidentales, porque no hemos inventado otros; porque Europa aun está en lo que leemos o pensamos. Que lo occidental se haga nuestro no por la copia mecánica sino por la adaptación consciente es todo el problema. Dentro de la inevitable enseñanza occidental será el cambio producido por nuestra propia latitud social o geográfica lo que puede llamarse americano. Hay una tendencia (y de ella debemos precavernos) de disculpar lo mal hecho «porque todavía somos pueblos jóvenes», de interpretar como signo de americanidad lo que parece obscuro o informe. En ciertas manifestaciones de la expresión criolla, el manoseado «autoctonismo» no es sino el grosero fetiche de nuestra desidia o nuestra confusión mental.